

JOHNSON, EL REY DE "EL MOLINO"

JULIA LUZAN

MIENTRAS yo me doy un poquito de caba, ustedes pueden ir mirando mis trofeos". Y Johnson desaparece en busca de su maquillaje, su rimel y su colorete, porque aunque se ha jubilado hace unas semanas y haya dado su despedida apoteósica al El Molino sigue pensando que su público tiene que recordarle sin achaques, con chistera y con las larguissimas pestañas postizas.

Johnson ha sido rey de El Molino. El y la Bella Dorita han reinado durante muchos años en el Paralelo barcelonés. En El Molino, Johnson ha sido un símbolo, símbolo para el local y para el propio espectáculo frívolo de un "music-hall" que ha sobrevivido al oscurantismo de la dictadura, a la moral de los vencedores y a la moda de los tiempos. Johnson es para Barcelona lo que el monumento a Colón, o las Ramblas, son para la imagen turística de la ciudad. En El Molino, él, la Bella Dorita y Mazy Mistral han impedido que la alegría muriera. Durante mucho tiempo se iba a El Molino para desintoxicarse de la realidad oficial. Poco importaba el texto de la revista, lo único que hacía falta era que saliera al tablador Johnson y que su figura diera pie a los comentarios jocosos de los espectadores: "Johnson, ¿dónde te has dejado a la novia?". "En la mili", respondía, y a partir de ahí ya estaba armada. Las chicas del coro salían con largas capas y velos, un poco más tapadas que ahora. Los libretos eran de lo más ingenuo que imaginarse pueda, pero Johnson, el alma de El Molino, levantaba rugidos que liberaban por unas horas a los espectadores del estreñimiento "moralista" impuesto a golpe de represión. Nadie ha podido cargarse a El Molino: ni la piqueta, ni la censura. Tan sólo hubo un paréntesis. En 1970, y por un chiste, El Molino tuvo que cerrar por tres meses. Pero Johnson volvió a su feudo. Se restauraron las increíbles butacas-pupitres y los adictos volvieron a tener su válvula de escape.

Johnson se ha retirado. En su despedida estuvieron todos los artistas del Paralelo. Doña Vicenta Fernández, la empresaria, sigue telefoneando a su "niño mimado", Johnson, todos los días, y él se ha sumido en sus recuerdos y en su hermana Adela, que le "hace de madre". El Molino ha cerrado una etapa de su vida.

Johnson, ¿tiene nostalgia del escenario?

—Ya me figuraba que me iba a preguntar esto. Durante el día no siento nada, pero a las diez de la noche, cuando entraba a actuar, siento una gran añoranza y quisiera acudir a todos los espectáculos: cine, teatro, "boîtes"... Desde el veinte de octubre, en que me despedí del público, no he salido casi a la calle.

—¿Se siente jubilado?

—Sé que estoy jubilado, pero no me siento jubilado. No sería nada extraño que volviera a hacer una reaparición un día de estos.

—¿Qué ha sido El Molino para usted?

—Ha sido y es todo en mi vida. He estado treinta y nueve años en El Molino, y doña Vicenta Fernández, la propietaria, me ha mimado siempre como a un niño. Es como una madre para mí.

—¿Pero qué es El Molino en realidad? ¿Un "music-hall"? ¿un mito? ¿un símbolo?

—El Molino es como un museo y existirá siempre. Yo lo declararía monumento nacional.

—¿Y el público?

—A mí me adora. El día de mi despedida me recibieron de pie.

—El público de El Molino es parte del espectáculo. Hábleme del tipo de gente que acude allí.

—El Molino es un mundo. A él viene de todo. Ha habido estudiantes que hoy son médicos, catedráticos, jueces... También recién casados que salían de la iglesia y venían a El Molino. En El Molino se puede fumar, pueden cambiar impresiones. Las señoras se sientan en primera fila, en los palcos, y los hombres, de pie, detrás. Había también muchos habituales, peñas de amigos que acudían cada día. Los que se sentaban en primera y segunda fila se hacían amigos de los artistas.

—Y participaban...

—¡Oh!, muchísimo. El artista en El Molino convive con el público. Hay una gran simpatía. Si se dormía alguno en la butaca, le despertaban los de al lado.

—¿Acudían a El Molino por el local o por usted?

—Mi trabajo es tan personal, que les gustaba mi forma de ser. Si me decían alguna palabra, yo les contestaba, pero sin perder la estética y siendo siempre un artista.

—Usted es argentino.

—Sí. Mis padres eran italianos y se trasladaron a España. Yo me fui a América para cumplir el servicio militar. No me quisieron porque no tenía el peso exigido. Sabiendo que mi familia estaba aquí, me vine para Barcelona en mil novecientos treinta y dos. Puede decir la fecha. No me importa ya que se sepa si soy más joven o más viejo.

—¿Y cómo se le ocurrió ser Johnson?

—Pregunté a mis padres si me dejaban ser artista. Mi padre, que era muy severo, ¡jijese, capitán de la Marina!, no quería, pero mi madre me dijo: tú, si tienes devoción, hazlo, que triunfarás.

—Y usted hizo caso a su madre.

—Sí. En mil novecientos treinta y cinco, o mil novecientos treinta y seis, no me acuerdo, debuté en el Bataclán, un local de la misma empresa que El Molino, en el Paralelo,

con una revista que se llamaba "Mujeres, mujeres". Al año pasamos toda la compañía a El Molino. Antes de esto había sido "boy", o sea, primer bailarín, en el Tivoli con la compañía de Celia Gámez, que es argentina como yo.

—Usted vivió la guerra civil en Barcelona. ¿Tomó partido por los republicanos o por los nacionales?

—No tengo política. Los artistas no podemos hacer política.

—Pero sin hacer política usted notaría algún cambio cuando Franco agarró el poder. ¿La censura no interfería en su trabajo?

—No noté nada. Yo siempre actuaba de acuerdo con la ley. Cuando estrenábamos un "show" venía la censura y había que rectificar al-

de Romeo, de pavo real, de guardia de tráfico, de pescadero de la Barceloneta. Cuando interpretaba al "pescadero" el público de la Barceloneta, "la terra de la Hostia", como dicen aquí, me trala de todo, estas enteras de pescado. También he hecho de Barbazul, de Pierrot, una maja de Goya. La de la maja era una obra muy bonita. Me inspiré en una opereta de Luis Mariano y llevaba una capa maravillosa. También he hecho un Luis XV, Rey de Francia. Era Rey, ¿no?, porque como ha habido tantos Reyes en Francia, me hago un lío con los números.

—Colaboraba en el libreto de la obra?

—Sí, pero siempre en plan de escenografía. Era doña Vicenta la que



Johnson, un símbolo que se jubila.

guna cosa. Decían: Esta señorita que se arregle así o así... Destape no había porque no estaba permitido. Había sostenes y velos.

—¿Se acuerda de algún político que haya pasado por El Molino en estos años?

—No. Porque tengo muy poca memoria.

—¿Cuánto costaba una entrada en El Molino?

—Viernes y jueves se pagaba cinco pesetas y venía gente de todas clases. Ahora ha aumentado un poco la entrada.

—¿Y usted cuánto ganaba?

—Empecé con quince pesetas. Luego, más... Sólo el vestuario me costaba una fortuna.

—¿Ha tenido muchos trajes?

—Cada año me hacía dos o tres, aparte de los que lucía en la presentación y en el final.

—¿Qué personajes ha interpretado en estos treinta y nueve años?

—Muchos. He hecho de Narciso,

me decía vamos a hacer tal cosa, entonces yo pensaba en lo que me tenía que poner.

—El éxito de la revista estaba en las cosas picantes que se decían?

—No. Ahí está la equivocación. El número tenía un argumento. Era el público el que ponía las cosas picantes. Si yo, por ejemplo, le decía a la Pompadour que era maravillosa y que bailara el minueto, el público gritaba: "Johnson, suelta una de las tuyas...". Entonces yo contestaba: "Soy el Rey de Francia y no me molestéis"... Eso era todo.

—Esa medalla que lleva al cuello es una efigie del Rey, ¿no?

—Sí. Me la regalaron la noche de mi despedida.

—Luego es usted monárquico.

—Yo vivo bajo cualquier régimen. ¡He viajado tanto! Esta moneda la llevo con mucho gusto porque es de Juan Carlos y es el Rey de España. Ahora, ¿por qué no me pregunta si soy católico?



"No me siento solo, porque tengo a mi hermana, que me hace de madre".

—Buena, se lo pregunto.

—Pues soy religioso. Voy a Misa cada semana y me confieso cada mes, aunque la gente no se lo crea. Llevo una doble vida. Soy artista y vivo con mi hermana y con mi perra.

—¿No se siente solo?

—No me siento solo porque tengo a mi hermana, que me hace de madre y es muy cariñosa. Yo necesito mucho cariño porque he sido tan mimado por mi empresa, mis compañeros, mi público.

—¿Ha tenido tiempo en su niñez de ir al colegio?

—Sí. He estado en colegios. Tengo diplomas de la enseñanza que hice en Italia. El castellano lo hablo, pero lo escribo mal.

—Muchos años de su vida quedan ligados a Cataluña. ¿Se siente catalán?

—Desde que puse pie en la Barcelona de mi corazón me siento catalán. El catalán me gusta horrores. Ahora me han hecho una entrevista en un periódico de aquí y he tenido que hablar en catalán. A mí me hace muchísima gracia que me hablen en catalán.

—Ya que, según usted, casi ejerce de catalán, ¿qué le ha parecido el retorno de Tarradellas como presidente de la Generalitat provisional?

—El día de mi retirada me gastaban la broma de que me despedía en la misma fecha en que llegaba Tarradellas. ¿Qué le voy a decir?... Como los catalanes han querido que volviese su presidente catalán y lo han atendido con tanto cariño, pues yo también le he cogido cariño.

—¿Le gusta compararse con Maurice Chevalier?

—Sí. Siento todo lo que él sentía cuando trabajaba y lo he imitado tan bien, que he armado la revolución cantando en francés en El Molino: "Paris, je t'aime, per les caresses de ma maitresse"...

—¿Sus sueños de artista se han cumplido?

—Sí. Si muriera y volviera a nacer quisiera ser Johnson otra vez.

—Y el cine, ¿no le hubiera gustado ser estrella de cine?

—Pero, ¡si he hecho muchas películas! Mire: "La vida maravillosa", con Elenita Espejo; "Tuset Street", con Sarita Montiel, y "Las alegres chicas de El Molino", con De la Loma.

—¿Sus sueños personales también?

—Yo no me arrepiento de no haberme casado, porque mi trabajo me atrala tanto que no tenía tiempo de enamorarme. Flechazos los he tenido. Muchas señoras y señoritas me decían: "Johnson, ¿por qué no se casa?"... Eran indirectas para que me fijara en ellas...

—Cuando no está en el escenario, ¿cómo es usted?

—Pues un hombre normal, como otro cualquiera. Soy sensible, nervioso. Principalmente soy yo: Johnson.

—¿Y qué le gusta de la vida?

—Los animales, los pájaros. Tengo una perrita. Me gustan las plantas y vivir entre mis recuerdos. Hablo como si tuviera noventa años, pero no tiene importancia, no me haga caso...

—¿Le han molestado alguna vez las cosas que le decía el público desde las butacas de El Molino?

—Qué quiere... venían a reírse, y yo, feliz de hacerles reír. Un drama yo no lo puedo ver.

—Johnson, ¿por qué se ha retirado?

—Para no morir en el escenario y porque si me pasaba algo daría un disgusto al público y a la empresa. ¡Qué cosas me pregunta!

Doña Fernanda, o doña Vicenta Fernández, la propietaria de El Molino, le ha llamado por teléfono. Johnson le consulta si puede ir a la radio a hablar y cuelga el auricular después de soltarle unos besitos y decirle jardiós, reina! "Oiga, tiene que hablar de ella, de lo mucho que la quiero y de lo buena que es conmigo. ¿Verdad que me hará ese favor?"

Ingenuo, entrañable, Johnson, un rey del Paralelo que ha sabido llenar las vidas de los barceloneses del franquismo de risas y burlas. Le gustan los piropos, los trofeos y el lado rosa de las cosas. Sin él, El Molino ha muerto un poco. ■ Fotos: PILAR AYMERICH.

SALTES

